

## BUSHIDO Y TAUROMAQUIA. EL CASO CORBACHO

Rebeca Fuentes Arcos, Óscar Escribano Muñoz,  
Carlos Rodríguez-Villa Rey  
*Escritores*

### RESUMEN

Nos manejamos en tres planos o premisas: una introducción general al *bushido* —entendido como la instrucción ética del guerrero japonés—, desarrollando el concepto de sus principios morales y sus virtudes. Se sigue con una analogía de dichos valores aplicados al arte de la tauromaquia. A continuación, se sondea la figura de Antonio Corbacho como el ejemplo más reconocible del mundo del toro que es capaz de concretar el arte del combate japonés en el universo taurino. Tras estos tres planos, como cierre del artículo, se deja suspendida en el aire una reflexión acerca de la verosimilitud —o no— de equiparar la figura, la ética y la técnica de un torero con la de un samurái. El reto para estas páginas está delimitado y es nítido: evitar por todos los medios caer en la vulgaridad de aseverar que los valores de estas dos filosofías seculares, además de seguir vigentes, son homologables.

Convengamos en que entre samuráis<sup>1</sup> y toreros hay algo más que meras coincidencias, y aunque el hábito no hace al monje y la correlación no implica causalidad, lo que no podemos eludir es la existencia de una reconocible semejanza entre ambos mundos. La cosa viene de lejos, tanto la atávica jerarquía instalada entre los guerreros de la nobleza japonesa como la incipiente caballería que casi al mismo tiempo despertaba en Occidente.

---

[1] Aunque etimológicamente no es del todo exacto, en aras de facilitar la lectura, más de una vez usaremos como sinónimo los términos *bushi*, *guerrero* y *samurái*.

Fue el subdirector de esta publicación, y nadie más, quien nos insinuó sutilmente que afrontásemos este desafío narrativo, un desafío que bien podría asemejarse al cauce de un río, casi sepultado pero fecundo, que fluye caudaloso entre dos orillas milenarias; una bien podría ser el arte ibérico de los toros y la otra la del código moral japonés del guerrero. Tauromaquia y *bushido*, una misma espada con dos filos contrapuestos. Y a su vez, una recóndita fuerza, escondida e inocente también, nos alentó para afrontar este compromiso —en el sentido más fiel del término— que para nosotros no es más que una ilusión llevada a cabo: un sueño consumado. Asumimos como una de las costumbres más enraizadas entre los humanos la de trazar analogías, hallar parentescos, acumular similitudes; hemos porfiado siempre buscando una explicación, un hilo conductor que arrojase luz sobre tradiciones ancestrales, coligando las identidades en los ritos, en los símbolos. Este afán de conocimiento siempre ha ejercido sobre los hombres una poderosísima atracción, la de explorar para descubrir y, partiendo de cada uno de esos hallazgos, intentar entender. El conocimiento aún posee propiedades paliativas: comprender al prójimo nos hace sentirnos mejor. Quisimos saber, no nos bastaba con encajar las piezas, se trataba de dar un sentido a las ideas. El paralelismo estaba ya trazado, queríamos más: encontrar un verdadero eslabón que emparentara ambos linajes, el de los toreros y el de los samuráis; un catalizador que tendiese puentes de correspondencia. A medida que buscábamos más conclusiones, de un modo natural e inesperado, nos encontrábamos con más interrogantes. No teníamos nada claro ni el cómo ni el por dónde empezar, pero acumulábamos algo más poderoso que las respuestas, y eran las preguntas. Después de la lectura, paciente y conjunta, de varias obras relativas al arte japonés del combate asomó una duda razonable, la cual emergió en nuestro brujuleo de hemerotecas, en esta búsqueda de concomitancias, y tras hallar varios patrones que

se repetían la pregunta surgió sola: ¿existe alguna corriente, algún predicamento, por espurio que sea, capaz de encarnar estas dos maneras de entender la vida? ¿Quién entrelazará primero, y aplicará después, lo mejor de ambos mundos? Es más: ¿existía una legítima conexión entre ambas artes? ¿Habría algún ejemplo práctico de la disciplina samurái materializado en el mundo del toro?

A riesgo de caer ingenuamente en el tópico rancio y folclórico nos atrevemos, desde el más solemne de los respetos, a iniciar esta incursión explorando lo que, para nosotros, es lo más desconocido: Japón.

## 1.- BUSHIDO

A las cosas por su nombre. Del *bushido* sabemos que es una palabra polisémica la cual otorga sentido a dos acepciones: define la manera de vivir —de morir, quizá también— de los guerreros japoneses, y a su vez da título al tratado superventas escrito por Inazo Nitobe, *Bushido: el alma del Japón*. Quizá el haber sido, pocos años más tarde de la publicación de *Bushido*, representante de Japón en la Liga de las Naciones Unidas —antecesora de la ONU—, cofundador del germen de la UNESCO y, desde antes, promotor del esperanto, a saber, impeliese a Nitobe a concebir esta obra, publicada a primera hora del siglo xx —final de la era Meiji—, cuando Japón apostó por modernizarse a la manera de Occidente, lo que le catapultó para convertirse en gran potencia mundial. Pero el *bushido* viene de lejos, hay más y mejores obras del arte del combate anteriores a la de Nitobe, escritos al dictado de legendarios guerreros japoneses —en suma, sabían de lo que hablaban—, manuales de auténtica supervivencia en los períodos más beligerantes de la historia del Japón. Hemos llegado a dos de estas obras, mandatorias para quien quiera ahondar en la leyenda del *bushi*: *El libro de los cinco anillos*, de Miyamoto Musashi —célebre maestro del arte de la *katana*, durante el siglo xvii— y *Hagakure* de Yamamoto Tsunetomo —vasallo de Nabeshima

Mitsushige, tercer *daimyo* del clan Nabeshima entre el siglo xvii y el siglo xviii—. El profesor Hitoshi Oshima<sup>2</sup>, quien prologó una obra titulada *La vía del samurái*<sup>3</sup>, que incluía ambos libros, aporta argumentos suficientes como para desentrañar la diferencia entre los manuscritos de auténticos héroes del *bushido*, guerreros retirados que diseccionan el modo y la forma en que viven los *bushi*, y el trasunto moderno que perpetró Nitobe con su occidentalizada obra. Sebastián Ritter, último pupilo de Antonio Corbacho<sup>4</sup>, nos puso sobre la pista; al igual que cuando el apoderado madrileño le inculcó al colombiano la curiosidad por el *bushido*, fue Ritter quien a su vez nos introdujo a nosotros en estas dos obras orientales. Dos obras que a la postre han sido fuente de estudio e inspiración para este texto, mucho más que lo escrito por Nitobe. En palabras del profesor Oshima el *bushido* presentado por Nitobe es «sublime y romántico (...) en su afán por dar a conocer al mundo la cultura guerrera japonesa, cedió demasiado a las necesidades de comprensión del lector occidental y terminó por presentarnos un *bushido* tan embellecido e idealizado que se aleja de lo que realmente representa»<sup>5</sup>. Quizá el no haberla podido poner en práctica haga de esta interpretación del *bushido* por parte del diplomático Nitobe una obra que caló en el interés y sentir de los europeos, pero, por el contrario, fue incapaz de transmitir la genuina esencia del camino del guerrero, objetivo que sí logran las otras dos obras mencionadas, y que no es otro que el de dar testimonio de un espíritu enfrentado al destino irreversible de la vida o de la muerte.

---

[2] Hitoshi Oshima (Kamakura, 1948) es un reconocido experto en filosofía y literatura japonesa. Oshima es autor de diversos ensayos sobre la historia y cultura tradicional japonesas. Actualmente es catedrático de literatura comparada en Fukuoka.

[3] Hitoshi Oshima (ed.), *La vía del samurái, Libro de los cinco anillos* de Miyamoto Musashi y *Hagakure* de Yamamoto Tsunetomo. Madrid: La Esfera de los Libros. 2007.

[4] *Vid infra*.

[5] *Ibidem*, p. 11.

De *El libro de los cinco anillos*, para la tarea que nos ocupa, se puede salvar un capítulo, «El Manuscrito del Agua», donde se explica el *kamae*, la postura física y mental del guerrero a la hora de enfrentar al enemigo. Dificil traducción para un estado anímico y gestual que todos sabríamos visualizar; hay pormenores y detalles que podrían equipararse a lo que nosotros llamamos «estar en torero». Porque mientras el *Libro de los cinco anillos* nos ofrece la visión del hombre independiente de cualquier colectivo, esmerándose en hacernos apreciar la «postura interna» y la técnica de combate de un samurái en solitario —sin pertenecer necesariamente a ningún clan— el *Hagakure* nos muestra ese mismo guerrero como parte indivisible del grupo y consigue, además, que seamos capaces de captar la devoción absoluta que un samurái miembro de un clan siente por su señor<sup>6</sup>.

Pero la gloria la logró Inazo Nitobe. Con cierta aura elitista engendró una obra audaz con la que intentó occidentalizar el código del guerrero, siempre desde un cómodo despacho, con la mirada puesta en la inmersión y aprendizaje de sus amigos no japoneses en la vida de los samuráis, todo ello desde un plano asépticamente teórico, que es lo poco que conoció Nitobe del *bushi*, y todo ello aliñado de aforismos de Montesquieu, citas de Shakespeare y reflexiones de un buen puñado de otros tantos autores victorianos. Este mal endémico ya fue apuntado, en el ámbito de los toros, por el crítico taurino Federico M. Alcázar en su *Tauromaquia moderna*, donde advierte ya del problema de escribir de toros considerando a los toreros un material literario.

El toreo, su técnica y alcance significativo, ha sido modulado a lo largo del tiempo a través de tauromaquias impresas que identificaban

---

[6] *El libro de los cinco anillos* es una obra representativa del segundo período del *bushido*, momento histórico en el que se requería vencer al enemigo a cualquier precio con la finalidad única de sobrevivir. *Hagakure*, en cambio, es representativa del tercer período y antepone como ideal del *bushido* el hecho de poder morir salvaguardando el honor del señor.

a un torero con una época. *Hagakure* y *El libro de los cinco anillos* son atemporales, el sentimiento *bushi* es más compacto en el tiempo y en las formas que el arte de torear. No se combate en función del enemigo, Tsunetomo así lo dejó escrito: «El *bushido* es morir. Es lo que he descubierto. En una encrucijada entre la vida y la muerte, es optar por la muerte. El *bushido* no tiene más significado que este. Tan sólo se ha de avanzar con un espíritu de determinación»<sup>7</sup>. Incide el profesor Oshima en lo concluyente de esta sentencia: dicha afirmación, para él de las más célebres de esta obra, probablemente significa que el *bushido* consiste en tomar la determinación de morir en cada momento, en aprender a entregarse enteramente, sin temer a la muerte, porque la vida no es más que un medio para servir al señor, siendo esta la genuina finalidad de todo guerrero.

Hay que disuadir al lector de la analogía «samurái» y «bushi». Etimológicamente, «samurái» proviene de la antigua palabra *saburai*, que se refiere a la «persona que sirve a los nobles» o, dicho de otra manera, a la «persona que protege a las personas de la alta sociedad». Sería una definición próxima a lo que hoy denominaríamos «guardaespaldas». La palabra *bushi*, en su origen, definía a todo guerrero que luchaba con sus armas, de lo que se deduce que sólo una parte de estos, aquellos elegidos para proteger a la nobleza, terminó recibiendo el nombre de «samurái».

Nitobe desgrana lo que para él son las tres fuentes del *bushido*: el budismo, el sintoísmo y el confucionismo. El budismo, que «aportó este un sentido de tranquila confianza en la suerte, una sumisión pacífica ante lo inevitable, esa compostura estoica frente al peligro o la calamidad, ese desdén hacia la vida y esa familiaridad con la muerte»<sup>8</sup>. Sale

---

[7] Hitoshi Oshima (ed.), *op. cit.*, p. 181.

[8] Inazo Nitobe, *Bushido. El alma del Japón*. Gijón: Esenciales Satori. 2021, p. 35.

también a relucir el zen, equivalente japonés del *dhyana*<sup>9</sup>, que «representa el esfuerzo humano para elevarse mediante la meditación a zonas de pensamiento que exceden los límites de la expresión verbal». Su método es la meditación, penetrar en el principio que yace bajo todos los fenómenos<sup>10</sup>.

A su vez, lo que el budismo no pudo dar el sintoísmo lo ofrecía en abundancia. La lealtad al soberano, la veneración a la memoria de los antepasados, el amor filial, que ningún otro credo predica, fueron inculcados por las doctrinas sintoístas, aportando pasividad al carácter normalmente arrogante de los samuráis. La teología sintoísta no admite el dogma del pecado original. Por el contrario, cree en la bondad innata y en la pureza cuasi sagrada del alma humana, adorándola como médium de los oráculos divinos.

En cuanto a las doctrinas estrictamente éticas, las enseñanzas de Confucio<sup>11</sup> fueron el manantial más copioso para el bushido. Su enunciado de las cinco relaciones morales entre amo y servidor —gobernante y gobernado—, padre e hijo, marido y mujer, hermano mayor y hermano menor, y entre amigos, no fue más que una confirmación de lo que el instinto de la raza había sido reconocido antes de que los escritos de Confucio fueran importados de China. El carácter tranquilo, benigno y sabio en la manifestación verbal de sus preceptos político-morales, se adaptaba exactamente a los samuráis, que formaban la clase directora. Su tono aristocrático y conservador se ajustaba a las exigencias de estos hombres de Estado guerreros. A Confucio, el maestro, le siguió Men-

---

[9] Palabra del sánscrito que se corresponde a un concepto que aparece en los *Upanishads* (textos filosófico-religiosos del hinduismo) y que es común al hinduismo, budismo y jainismo. Es sinónimo de «contemplación» o «meditación».

[10] Inazo Nitobe, *op cit.*, p. 36.

[11] Confucio o Kongzi (551-479 a. de C.), filósofo y pensador chino que defendía el ejercicio de la virtud mediante el buen ejemplo, el culto a los antepasados, la enseñanza, y el cultivo del equilibrio social.

cio<sup>12</sup>, su discípulo. Sus enérgicas teorías se avenían extraordinariamente a los espíritus sentimentales y hasta fueron peligrosas y subversivas para el orden social existente; de aquí que sus obras estuviesen durante largo tiempo sujetas a desconfianza.

El mérito de Inazo Nitobe reside en su arrojo a la hora de esbozar los atributos dominantes de carácter e inteligencia entre estos hombres guerreros —y, por lo tanto, del *bushido*—, para luego otorgarles una definición y un contenido. Y, es más: es tal su precisión descriptiva que consigue elevar dichos rasgos a categoría de virtudes.

Veamos lo que nos dice Nitobe: existe un canon supremo, común al resto de atributos, fuerza catalizadora, que todo lo puede y todo lo condiciona: la *rectitud*. En este contexto la rectitud sería sinónimo de «justicia», el tener que defender ciertas líneas de conducta, todo ello sustentado por la razón, sin titubeos, y todo culmina en un lema, casi un epitafio en vida: morir, cuando es justo morir, matar cuando se debe matar. En *Bushido: el alma del Japón* el autor asevera que «no hay nada que repugne más a un guerrero que los actos disimulados o las empresas tortuosas»<sup>13</sup>.

La *justicia* se nutre de valor, de coraje. Esta sería una segunda habilidad, basada en la audacia y el sufrimiento. A la sombra siempre de la justicia, el valor no alcanzaba el grado de virtud si no se ponía al servicio de aquella. El autocontrol ante la amenaza que acecha, el equilibrio interior, porque quien realmente es valiente siempre está sereno. Por el contrario, hacer alarde de temeridad imprudente y correr riesgos innecesarios no es el verdadero coraje. Confucio lo explica como solía, definiendo su opuesto. Así lo leemos en sus *Analectas*: «Conocer lo que es justo, y no ejecutarlo,

---

[12] Mencio (372-289 a. de C.) filósofo, seguidor de Confucio. Un principio fundamental de su obra es que la naturaleza humana es justa y humana.

[13] Inazo Nitobe, *op. cit.*, p. 46.

arguye falta de valor»<sup>14</sup>. Si le damos la vuelta: «El valor consiste en hacer lo que es justo».

El reflejo espiritual del valor se materializa en la medida, la tranquila presencia de ánimo. La *tranquilidad* es el valor en reposo. Lo escrito por Nitobe relativo a la tranquilidad tiene relevancia: «Es una manifestación estática del valor, así como los actos audaces son una manifestación dinámica. Un hombre verdaderamente valeroso está siempre sereno; jamás es cogido por sorpresa; nada perturba la ecuanimidad de su espíritu. Los terremotos no le sacuden, ríe ante la tempestad»<sup>15</sup>.

Otra virtud que sumar es la *benevolencia*, que es sentimiento análogo al de compasión y amor, el afecto hacia los demás. Tanto Confucio como Mencio alaban la benevolencia como un requisito supremo en aquel que es dominador de hombres. Siempre fue dignificado el samurái que mostró benevolencia con el débil, el oprimido o el vencido. Benevolencia y piedad hacia el dolor, que es el sentimiento y raíz de la benevolencia, para con los débiles y los derrotados, por honor y respeto hacia ambos.

Añade Nitobe a su enumeración la *cortesía*, entendida esta como el cultivo de los sentimientos tiernos; ser cortés es ser condescendiente con el dolor ajeno. La cortesía como fuente de gracia destila dos atributos también nobles: la modestia y la complacencia. La cortesía se transmuta en vileza cuando sólo es motivada por el miedo a ofender el buen gusto, cuando en pureza dicha cortesía debe ser la manifestación insobornable de una reacción empática, gentil hacia los sentimientos de los demás. La cortesía «sufrir largo tiempo y es generosa; no envidia, no se envanece, no se engríe, no comete inconveniencias, no es egoísta, no es fácil a la provocación, desoye el mal»<sup>16</sup>.

---

[14] *Ibidem*, p. 51.

[15] *Ibidem*, p. 55.

[16] *Ibidem*, p. 73.

La quinta virtud sería la *veracidad*. Equiparable a la sinceridad, la cortesía sin veracidad es una farsa y una apariencia, es decir, «la corrección llevada más allá de los límites debidos se convierte en mentira»<sup>17</sup>. Lo que se considera igualmente una infamia, son la mentira y el equívoco. La palabra del samurái —*bushi no ichigon*— era prueba irrefutable de la veracidad de una acción. Su palabra llevaba consigo tal jerarquía que las promesas se hacían oralmente y se cumplían sin documento escrito, lo cual habría sido considerado inferior a su dignidad.

Se alaba también el *honor*, con la misma etimología que su sinónimo «honradez». El sentimiento de honor, que implica una conciencia clara de la dignidad y el merecimiento personal. Su reverso, el sentimiento de vergüenza —*ren chishin*—, era a su vez igualmente tenido en cuenta en la educación de los jóvenes. «Se reirán de ti», «esto te pondrá en ridículo», «¿no te da vergüenza?», eran el último recurso para llevar al buen redil a un joven delincuente. Mencio dijo: «Amar el honor es una cualidad del espíritu de todo hombre; pero pocos imaginan que lo verdaderamente honorable está dentro de ellos, y no en ninguna otra parte. El honor que los hombres confieren no es verdadero honor»<sup>18</sup>.

Nitobe abrocha su compilación de preceptos *bushi* con el deber de *lealtad*, pacto silencioso con un superior. Homologable a otros estratos, a otras épocas —señores feudales, caballeros— en este ámbito el homenaje y fidelidad a un superior adquiere un carácter significativo más elevado. Esta formulación que deja escrita el propio Nitobe es nítida y esclarecedora: «No ignoro que la fidelidad personal es una adhesión moral que existe en todas las clases y condiciones humanas: hasta una banda de rateros presta obediencia a un jefe; pero sólo en el código del honor caballeresco es donde la lealtad toma una importancia capital»<sup>19</sup>.

---

[17] *Ibidem*, p. 82.

[18] *Ibidem*, p. 99.

[19] *Ibidem*, p. 101.

Mencionemos, por ostentar rango de virtud, un par de comentarios aledaños que incluye Inazo Nitobe en su visión del samurái. Lo primero sería reconocer como cierto que el *bushido* preconiza la *sobriedad*, pero no tanto por razones económicas, cuanto por el ejercicio de la abstinencia. El lujo se consideraba como la mayor amenaza contra la virilidad y se exigía la más severa sencillez a la clase guerrera. Y una segunda consideración virtuosa sería la de la *fortaleza*, por un lado, al inculcar el sufrimiento sin una queja, y la enseñanza de la cortesía, por otro, al exigirnos que no turbemos el placer o la tranquilidad de los demás con manifestaciones de nuestra tristeza o nuestro dolor, de esta manera se combinaron para originar un tipo de alma estoica, y más tarde, para convertir este tipo de virtud en una característica nacional de estoicismo aparente. La serenidad en la conducta y la compostura de espíritu no debían perturbarse por ningún género de pasión<sup>20</sup>.

## 2.- TAUROMAQUIA

Existe un certero y prolijo artículo de José Miguel Tur que aquí tomaremos como guía, en el cual habla de los toreros y los samuráis como héroes, a veces titanes, y esboza una acertada equivalencia y, a decir verdad de esta afanosa tarea —la de confrontar los fundamentos del *bushido* a los cánones de la tauromaquia—, el autor logra salir más que airoso del envite<sup>21</sup>. Y las correspondencias lucen tal como siguen.

La rectitud se da cuando, como hemos oído más de vez, un torero ha confesado que sabía que le iba a coger el toro, pero que tenía que quedarse en ese sitio. Para avezados en el léxico taurino, rectitud en tauromaquia sería también la expresión, a la hora de la suerte suprema, «en corto y por derecho».

---

[20] *Ibidem*, p. 120.

[21] José Miguel Tur, «Bushido, código ético de samuráis y toreros», *Boletín de Loterías y Toros*, n.º. 27, 2022, pp. 64-74.

La rectitud y la justicia, ambas unidas y de la mano suponen una gran responsabilidad no solo para los de luces, también para los aficionados porque la fiesta, por falta de afición vigilante, se nos cae de las manos en nuestra época. Tenemos la obligación de conservar y proteger a ese maravilloso animal, único en su especie, que es el toro de lidia. Sin toros, ¿para qué queremos al torero?, como ya cita Gregorio Corrochano en su obra *¿Qué es torear?*<sup>22</sup>, en la que largo y tendido habla de los grandes males que aquejan a la fiesta de los toros: «Si daña a la fiesta de los toros la insinceridad, no la daña menos el conformismo. Ante cualquier sospecha de abuso la afición no tiene que permitir escamoteos que puedan manchar de miedo a la fiesta del valor»<sup>23</sup>.

Para José Miguel Tur el coraje dista mucho de ser lo que estamos acostumbrados a ver en las plazas «en el toreo es habitual que se abuchee al torero que sin ningún fin o sentido se pega un arrimón por demostrar valor y ganas (...). Caer en la provocación, entrar al trapo, se consideraba cualidad de necio, como una prueba de carácter mezquino»<sup>24</sup>. El inefable crítico taurino Federico M. Alcázar escribió lo siguiente: «La emoción nace no sólo del peligro que corre un torero, sino del arte que emplea para burlarlo. El susto se produce cuando se carece de este arte para evitar el peligro. La emoción la engendra el arte, y el susto, la torpeza»<sup>25</sup>.

En repetidas ocasiones confundimos coraje y valor con temeridad, lo que es claramente desaconsejable; así pues, hacer alarde de temeridad imprudente y correr riesgos innecesarios no es el verdadero coraje.

---

[22] Gregorio Corrochano, *¿Qué es torear? Introducción a las tauromaquias de Joselito y Domingo Ortega*. Madrid: Revista de Occidente. 1966, pp. 76-77.

[23] *Ibidem*.

[24] José Miguel Tur, *op. cit.*, p. 66.

[25] Federico M. Alcázar, *Tauromaquia moderna. Primer tomo (del toreo)*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, S.A. 1936, p. 234.

Lo refleja muy bien, aunque quizá exagere, Federico García Lorca, cuando en uno de sus textos, citado por Sureda en *Tauromagia*, dice que: «El torero que asusta al público en la plaza con su temeridad, no torea, sino que está en ese plano ridículo, al alcance de cualquier hombre de jugarse la vida»<sup>26</sup>.

Desde los primeros teóricos del toreo ha sido esta una cuestión palpitante, así Paquiro en su *Tauromaquia* —seguimos a Sureda— nos dice que: «El verdadero valor es aquel que nos mantiene delante del toro con la misma serenidad que tenemos cuando este no está presente»<sup>27</sup>. Casi un siglo y medio más tarde, Domingo Ortega, —según leemos en *Tauromagia*— dirá que «lo más difícil es pensar ante la cara del toro»<sup>28</sup>. En este mismo libro, se afirma que: «El valor no es una constante y demuestra que el conocimiento del toreo y de los toros da valor a los toreros, siendo, por el contrario, la ignorancia uno de los vehículos más efectivos del miedo»<sup>29</sup>.

En otro imprescindible libro, *Las memorias de «Clarito»*, de César Jalón, se narra «que, toreando juntos Belmonte y Rafael el Gallo una tarde en Madrid, este último le pregunta al primero:

—¿Tiene usted miedo?

Y Belmonte le contesta:

—Yo sí, porque pienso arrimarme mucho y estoy preocupado. En cambio, usted no lo estará ni pizca»<sup>30</sup>.

---

[26] Guillermo Sureda, *Tauromagia*. Madrid: Ediciones «Los de José y Juan». 2022, p. 17.

[27] *Ibidem*, p. 22.

[28] *Ibidem*, pp. 22-24.

[29] *Ibidem*, p. 25.

[30] César Jalón, *Memorias de «Clarito»*. Madrid: Guadarrama. 1972, p. 47. Citado según lo transcribe Guillermo Sureda, *op. cit.*, pp. 27-28.

Parafraseando a Federico M. Alcázar, podríamos decir como conclusión a esta cuestión del coraje que «todos los toreros sienten temor ante el peligro, pero unos logran vencerlo por la voluntad, por la dignidad, por la vergüenza, por la confianza de sus medios defensivos, y otros son vencidos por el miedo, más fuerte que su voluntad»<sup>31</sup>.

Como ejemplo de benevolencia Tur se acuerda de la hora de «matar dignamente a un toro flojo, o que se ha dañado durante la lidia, incluso aligerarle la muerte para que sea leve su agonía. Se dice en el argot que “hay un momento en que el toro pide la muerte” por lo tanto no se deben alargar las faenas sin propósito»<sup>32</sup>. La siguiente virtud, la cortesía, se estila, fundamentalmente, con el maestro, con el veterano, y dentro de la lógica rivalidad entre toreros es muy raro escuchar a un torero criticar a otro en público. La veracidad y sinceridad, en los toros, bien pudieran ilustrarse en el clásico apretón de manos. Con él se firman contratos de apoderamientos, los empresarios apalabran con los ganaderos corridas de toros para meses posteriores o un novillero acepta de buen grado la promesa de ser acartelado. En el toreo es muy conocido el momento de la verdad, que vislumbra la muerte viva enfrente, matar o morir.

La benevolencia, la compasión, el amor y el afecto y respeto hacia los demás están presentes a lo largo de todo el festejo, un ejemplo de esto se da cuando, durante la corrida, el matador más avezado y experimentado, generalmente el director de lidia, y ante la falta de recursos y soluciones manifestadas por alguno de sus compañeros, toma protagonismo y compromiso estando muy pendiente de todo cuanto sucede durante toda la lidia, la de sus toros y la de sus acompañantes. Dispuesto y colocado para realizar los quites oportunos, atento para realizar los auxilios, ayudas y consejos pertinentes. Frente a las emer-

---

[31] Federico M. Alcázar, *op. cit.*, p. 18.

[32] José Miguel Tur, *op. cit.*, p.66.

gencias el torero de mayor rango debe salir a mostrar sus condiciones y valor, y actuar con todos los medios que tiene bajo su mando, para solventar y solucionar los diferentes problemas.

El honor lleva implícita la conciencia de la dignidad y la valía personal que intrínsecamente portan los toreros y los samuráis, que son educados en la estima de los deberes y obligaciones de la profesión. Descansa en la propia autoconciencia del deber y en hacer lo correcto. Tener buena reputación y no pasar vergüenza.

Algunos de los toreros que se retiran cortándose la coleta, lo han hecho ante la imposibilidad de matar al toro, poniendo fin a sus carreras honorablemente al no poder cumplir su deber.

Cuenta «Clarito» en sus *Memorias*, ya mencionadas —seguimos el relato que del hecho reproduce Sureda— «que una tarde, en una taberna, se ponderó delante de Gallito la epopeya de Juan Belmonte con el toro «Barbero», en la todavía famosa corrida del Montepío de Toreros de 1917. Se habló luego de varias otras cosas y, después de comer, ya con un pie en el estribo del coche que lo conduciría a la estación, le dijo Gallito al gran crítico: «¡Ah, oye! Y que, desde luego, esa será la faena más grande del toreo; pero ¡el mejor torero soy yo!»<sup>33</sup>.

A esta altura del relato, encaja, perfectamente, esta sabia reflexión de Guillermo Sureda:

La historia del toreo está llena de gestos y ellos son los que, en definitiva, la sostienen y ennoblecen. Que un torero toree más o menos bien un toro, es cosa secundaria ante el hecho de que este mismo hombre supere en el ruedo un difícil compromiso o sepa dar la cara con gallardía ante una situación límite, cosas con las que, a la corta o a la larga, todos los hombres vestidos de luces se tienen que encontrar. En definitiva, en el mundo taurino cabe decir: dime qué gestos eres capaz de realizar y te diré hasta

---

[33] Guillermo Sureda, *op. cit.*, p. 156, y César Jalón, *op. cit.*, pp. 95-96.

dónde puedes llegar. Y el torero que en el ruedo se conforma con ser uno más, está al margen de la salsa de la fiesta, por bueno que sea<sup>34</sup>.

Y la lealtad, sobre todo debida al superior, al matador, al que toda la cuadrilla debe obediencia absoluta, formando un ente integral e indivisible donde cada uno de los miembros realiza un trabajo con el único fin de servir al matador. También se observa en el torero que desde sus inicios es apoyado por un ganadero o apoderado al que sigue fiel con el paso de los años. También hay que ser fiel a uno mismo; el amor propio es lealtad a uno mismo.

Un claro ejemplo de lealtad lo tenemos en la cuadrilla. La cuadrilla es una institución en el toreo. Su origen hay que buscarlo en los toreros de a pie, en los peones que acompañan al torero a caballo, al caballero, en la vieja corrida caballeresca. Podemos atribuir a Francisco Montes *Paquiro* el mérito de haber ordenado y organizado las cuadrillas por primera vez en un sentido moderno<sup>35</sup>.

Los miembros de la cuadrilla, sobre todo cuando están contratados fijos, tienen una gran confianza con el matador. Muchas veces los peones de una cuadrilla empezaron de novilleros con el matador para el que actúan, incluso hay relaciones personales. Pensemos por ejemplo en Paco Alcalde, «peón de confianza» de su sobrino segundo Francisco Rivera Ordóñez, habiendo actuado también como peón de brega con su concuñado Curro Vázquez<sup>36</sup>.

No sólo son cuestiones importantes la lealtad, el honor, la benevolencia o la rectitud; hay otros valores que comparten la tauromaquia y el *bushido* tales como la cortesía, la veracidad y la sinceridad que permanecen en ambos ritos de manera evidente sin ir más lejos cuando

---

[34] Guillermo Sureda, *op. cit.*, pp. 156-157.

[35] Alejandro Pizarroso Quintero, *La liturgia taurina*. Madrid: Espasa Calpe, S. A. 2000, p. 47.

[36] *Ibidem*, p. 51.

los toreros jóvenes, incluso figuras del toreo, tratan siempre de usted en la plaza a los viejos maestros. El respetuoso usted sí se conserva en las relaciones de cuadrilla con el matador durante la lidia.

En la jerga taurina es común escuchar refiriéndose a un torero el apelativo de señor directamente ante el nombre de pila, obviando lo que es castellano sería más común, es decir, el don. Hablando de Belmonte, José Bergamín se refiere de este modo a la cuestión: «Porque este Juan Belmonte, el señor Juan Belmonte, como antiguamente se les decía a los maestros de su arte (señor y no don, porque de latino nunca tuvo ni puede tener nada un torero, ni si quiera su más íntimo y trágico estoicismo, senequismo andaluz), este gran señor del toreo que fue Juan Belmonte era solo y único de verdad»<sup>37</sup>.

La verdad es fundamental en el mundo de los toros, es el eje central de la fiesta, la verdad sin paliativos la encontramos en este rito táurico: «Se llama la hora de la verdad a la suerte de matar. Alguien va a morir. Esta es la única verdad. No se sabe quién. ¿Quién va a morir? Creemos que el toro. Pero a veces muere el torero»<sup>38</sup>.

### 3.- EL CASO CORBACHO

De la vida de los toreros, a estas alturas, poco o nada se habla. Ya no circulan rumores sobre ellos, ni siquiera flota en el ambiente tertuliano ese halo misterioso que azuzaba antaño nuestra envidia, fantaseando con la veracidad, o no, de sus correrías. Han pasado de ser personajes públicos, reconocidos socialmente por sus hazañas dentro y fuera del albero, a burbujas aisladas, sometidas al hermetismo y neutralidad de su círculo más cercano. Ya no hay leyenda negra, solo queda la autocensura, y es más que probable que este

---

[37] *Ibidem*, pp. 161-162 y también en José Bergamín, *La claridad del toreo*. Madrid: Turner. 1985, pp. 115-116.

[38] Gregorio Corrochano, *op. cit.*, p. 15.

repliegue deliberado responda al acople de dos condiciones: el celo silencioso, casi de monasterio, ante cualquier acto social —público o privado— que potencialmente pueda ser pasto de las veloces y furibundas llamas de las redes sociales, y la ausencia de una vida atractiva y salvaje que sea digna de ser contada. Así, indagando en la hemeroteca —el método contrastado para separar el grano del talento de la paja de la mediocridad— si hay alguien digno de ser rescatado, con sus luces bien conocidas por todos y sus sombras escrupulosamente reservadas para sus íntimos, ese es Antonio Corbacho. Además, su legado taurino, en collera con sus inquietudes intelectuales mirando a Oriente, nos haría las veces de *sherpa* en esta expedición narrativa. Supimos de él, incluso a veces sin pretenderlo; hay testimonios que nos llegaron por escrito, y hay retazos de su arcano que nos fueron contados de viva voz. Aunque no podemos demostrar que todo lo que sigue es cierto, tampoco queremos saberlo. Todo desemboca en su persona, y *se non è vero, è molto ben trovato*. Nos serviremos de Corbacho para que sea faro y brújula de este trayecto. No del Antonio de a pie, del que nada se sabe, sino del Corbacho apoderado, del que todo se ha dicho —o se especula—. El mero ejercicio de discernir si es fábula o biografía, ya sólo eso le arroga a nuestro protagonista un poder, una *auctoritas*.

Lejos de otorgarle el malditismo de una estrella de rock la certeza es la siguiente: el manto de su leyenda no está confeccionado únicamente de retales y anécdotas. Corbacho apoderado es un cauce, la corriente que baña las dos orillas, dos códigos éticos que corren paralelos, firmes, pero sin diluirse: *bushido* y tauromaquia. De Corbacho siempre se dijo de todo, porque nunca se supo nada. Cada vez que mantenía una conversación dejaba flotando en el aire un enigma, algo sigiloso, como si cada vez que hablase terminara con puntos suspensivos. Puede que fuese el propio Corbacho quien mejor lo entendió.

Asimiló astutamente el *leitmotiv* del código samurái, y en su manera de transmitir conocimiento logró vertebrar el estoicismo ausente de la exteriorización de las emociones, más propio de culturas orientales, y la manifestación pública de los sentimientos, característico de pueblos mediterráneos. El torero es un héroe, y su omnisciencia en el ruedo le hace jactarse de ello. El samurái también lo es, héroe, pero su abnegación jerárquica le impide erigirse en protagonista. He ahí una antítesis en la fórmula y materialización de ambos códigos guerreros. Lo que diverge entre unos y otros en el dolor es la manera en la que se soporta el sufrimiento.

Madrileño del barrio de Chamberí, de Corbacho pervive la versión oficial, la explícita, aquella que quedó documentada en entrevistas y reportajes, tanto en papel como digitales. Luego existe otra parte, idealizada y oficiosa, que late débilmente en la memoria de los que la han ido custodiando, deslizada en tertulias improvisadas y efímeras, donde se solapaban recuerdos fidedignos con hazañas inventadas; concebidas la mayor de las veces sentados en la piedra de un tendido, aunque en otras ocasiones, las menos, acodados en barras de bares ya desaparecidos. De lo que ha quedado escrito de Antonio Corbacho lo más succulento se lo confesó al periodista Chapu Apaolaza, que se coló casi por allanamiento en La Alcornocosa, la finca entre Mérida y Sevilla donde Corbacho instaló su particular Macondo. Un parque de atracciones atiborrado de animales casi mitológicos —Apaolaza habla de «ovejas escapistas, hermosas gallinas, gansos con mala leche, un burro grande, otro chico, dos potrancas alazanas, un erizo blanco que duerme debajo de una teja, un loro que habla por teléfono»<sup>39</sup>— y con la connivencia de un enano que había sido torero, que también vivía allí en una caseta de obra, y que sin tú pedírselo te adivinaba la

---

[39] Chapu Apaolaza, «El samurái del toreo», *La Voz Digital*, 22 de mayo de 2011. Consultado el 14-12-2024. <https://www.lavozdigital.es>

muerte. Chapu es quien mejor le cartografió: con precisión quirúrgica logró atrapar el espectro de un personaje desvaído, encarnándolo en material literario de gama alta. Aquel rostro sagaz y huesudo, improbable bajo esa apariencia desaliñada —barba de náufrago y chilaba hecha jirones— conferían a aquel hombre, más que el beneficio de la duda, la supremacía de la certeza. También le cuenta a Apaolaza cómo empezó todo, lo suyo con la filosofía oriental<sup>40</sup>; recrea con cierta morriña el día en que Corbacho, según sus palabras, tropezó con un libro de Juan Antonio Vallejo-Nágera<sup>41</sup>, un ensayo en el cual el autor trataba de indagar en la figura y pensamiento de Yukio Mishima, considerado uno de los más grandes escritores de Japón del siglo xx. Ahí se hablaba del *bushido*, lo que le sirve a Corbacho para empezar a calibrar el contraste moral y ético entre el concepto del toreo con el concepto del samurái. Entonces ya pega el salto a las *Analectas* de Confucio<sup>42</sup> —«Oigo y olvido, veo y recuerdo, hago y aprendo. Me lo contaron y lo olvidé; lo vi y lo entendí; lo hice y lo aprendí»—. Confiesa Corbacho que el «culpable» de todo fue el novillero y barón alemán Michael Von der Goltz: «Fue el mejor amigo que he tenido nunca. Nos íbamos a cenar a un japonés, bebíamos sake y entrába-

---

[40] En lo que respecta a su andadura en el mundo de los toros, Antonio Corbacho debutó con picadores en La Roda (Albacete) el 18 de mayo de 1975, donde ya resultó corneado de gravedad. Fue un novillero sin demasiada suerte mientras estuvo en activo. En 1985 volvió a resultar herido en la plaza de toros de la Maestranza de Sevilla. Es entonces cuando decide pasarse del oro a la plata, actuando a las órdenes de Roberto Domínguez, David Luguillano y Sergio Sánchez.

[41] Es más que probable que se refiera a *Mishima o el placer de morir* (Editorial Planeta, 1978). Aquí, mencionamos que el periodista Paco Aguado [en «Antonio Corbacho, detrás de su fábula», en *Historias del toreo que nunca te contaron*, s. 1., El paseo. 2022, pp. 307-328] refiere la faceta lectora de Corbacho. En el presente trabajo hemos penetrado en una verdadera autenticidad de la realidad de Antonio Corbacho.

[42] Chapu Apaolaza, «Corbacho en la piscina», *La Voz Digital*, 23 de marzo de 2017. Consultado el 14-12-2024. <https://www.lavozdigital.es>

mos en el cine a las de [Akira] Kurosawa<sup>43</sup> con unas borracheras de órdago»<sup>44</sup>.

Uno de los versos que el poeta T.S. Eliot dedicó en vida a su esposa reza como sigue: «estas son palabras privadas que te dirijo en público»<sup>45</sup>. Apaolaza también escondía revelaciones privilegiadas de Corbacho y en una ocasión, sin luz ni taquígrafos, nos las quiso compartir, y buscó el cómo y el dónde contarnos, y nos contó. Fue así, en *petit comité*, acodados en una de esas barras de estaño de uno de esos bares ya difuntos, el modo en el que Apaolaza se sacudió las rigideces de su oficio, murmurando lo que Corbacho, en la intimidad de La Alcornocosa, le confesó de sus secretos y sus bizarrias. Una de esas confidencias furtivas parece más una entelequia que una historia real: los días de tormenta, cuando más arreciaba la lluvia, exponía al discípulo de turno, vestido de luces, en lo alto de un otero, a merced de la intemperie, como si tuviese que lidiar rayos y centellas. Todo por el afán y la búsqueda descarnada de la quietud del cuerpo y del temple con la muleta. Luego está lo de caminar en paralelo a las vías del tren, apoderado y poderdante, y en cuanto empezaba a zumbiar el silbato de una locomotora el maestro obligaba al aprendiz a caminar lentamente sobre los raíles, un pie delante del otro —no hay más que fijarse en Talavante al hacer el paseíllo—, como un funambulista sin red. En aquellas tabernas, hoy ya muertas, nosotros también oímos historias apócrifas pero verosímiles, como la habladuría de que Corbacho instaba a sus pupilos a torear de salón con un ladrillo atado a

[43] Akira Kurosawa (Shinagawa, Tokio, 23 de marzo de 1910-Setagaya, Tokio, 6 de septiembre de 1998) fue uno de los más célebres directores de cine de Japón. Su película *Los siete samuráis* (*Shichinin no samurai*, 1954), además de obra maestra del cine contemporáneo, en su estreno impactó sobremanera en Occidente, despertando un interés inusitado por la cultura de los guerreros samuráis y todo lo relativo a las tradiciones niponas.

[44] Chapu Apaolaza (2017), *op. cit.*

[45] Del poema *Una dedicatoria a mi esposa* (1958).

cada muñeca, para que se acostumbrasen a bajar las manos con el capote. Lo dicho: si no es verídico, está muy bien traído.

Destila Corbacho un tono didáctico y cierta mística cuando expone lo que para él es la analogía entre toreros y samuráis: «El toreo tiene que ver mucho con aquel mundo de honor, de compromiso vital, de aceptación de la propia muerte». Ponderaba la educación en el sacrificio que se impartía a los toreros, «algo incomprensible hoy en día, en una sociedad en la que la gente se cree con todos los derechos y ninguna obligación. La estética del toreo es una consecuencia de la ética y el compromiso absoluto con lo que se hace». Lo que no ofrece dudas del universo Corbacho es la siguiente evidencia: todas sus lecturas tuvieron eco en su legado, todas las escuelas de pensamiento a las que se acercó acabaron reflejadas en su manera de entender la vida. El toreo, sentenciaba, es un ejercicio de libertad, «nadie te obliga a ponerte ese traje ni a ir a la plaza a divertir a la gente. Es el todo y la nada, el cero del ruedo redondo, que es también el infinito»<sup>46</sup>.

A Chapu también le revela otro enigma: la odisea de Atsuhiko Shimoyama, «El Niño del Sol Naciente», aquel japonés que tras ver en un cine de Tokio la película *Sangre y arena* —en la versión protagonizada por Sharon Stone— se prometió así mismo ser torero. Se vino a España a buscarse la vida en Sevilla, y allí coincidió con John Fulton Short «El Yanqui», quien hizo las veces de apoderado, buscándole novilladas por toda la piel de toro. Tras algún festejo menor en plazas portátiles el sueño nipón se trunca el 16 de agosto de 1995 en la plaza de toros de Pedro Bernardo (Ávila) sufriendo una grave parálisis que desde entonces lo mantiene apartado del toreo. Aquel *tabacazo* le dejó medio cuerpo inerte. Un día se cruzaron Atsuhiko y Antonio, y cuando aquel se quejaba de su mala suerte Corbacho desplegó toda su munición verbal: «Le dije que estaba hecho una mierda y que, para vivir y arrastrarse así,

---

[46] Chapu Apaolaza (2011), *op. cit.*

que mejor se pegara un tiro». Siempre soñó con el día de su regreso. En cierta ocasión le dijeron que cómo iba a torear, si no podía correr, a lo que «El Niño del Sol Naciente» sólo pudo articular un lacónico «Mejor así, porque no me quedará más remedio que torear parado, igual que José Tomás»<sup>47</sup>.

Con el mismo grado de porfía, que no era otro que seguir ahondando en el pensamiento corbachiano, tropezamos con otro pozo fecundo: el opus número 25 de la enciclopédica obra de André Viard, *Tierras Taurinas*. Este fue otro tipo de lectura, diametralmente opuesto al de las columnas de Apaolaza. Chapu es puro ingenio; su escritura es granuja, de mecha corta. Viard es más sesudo; su relato, de largo aliento, demanda cierto reposo. El francés apunta a una intención más panorámica —no tan íntima como la trazada por Apaolaza— tratando de prácticas concretas de entrenamiento, rutinas de diario que se asemejan más a un manual de instrucciones.

Aunque publicado en 2014, el opus 25 de *Tierras Taurinas* —cuyo hilo conductor es la orografía de la Sierra de Aracena— incluye la incursión que hizo el polifacético francés en La Alcornocosa unos años antes, cuando Corbacho tenía su destino unido al de Alejandro Talavante. La narración no tiene desperdicio, como si de un libro abierto se tratara, el relato recoge fielmente cómo era el día a día de ambos. Desde un columpio improvisado —son dos cuerdas paralelas amarradas a la rama alta y firme de un alcornoque, que a su vez hacen las veces de tensores de una pequeña tabla que le sirve de asiento— Corbacho monitoriza los ejercicios de Alejandro Talavante, le va cantando las rutinas. Aquí Viard cree que hay tanto de *bushido* y filosofía oriental como de posteriores corrientes filosóficas europeas: convalida, ubicándolos a la misma altura moral, el sintoísmo y budismo zen del samurái con

---

[47] Félix Machuca, «Antonio Corbacho: elogio de la locura», *ABC de Sevilla*, 10 de septiembre de 2022. Consultado el 14-12-2024. <https://www.abc.es>

el superhombre de Friedrich Nietzsche, el existencialismo de Sartre y el hombre absurdo de Albert Camus<sup>48</sup>. Antonio Corbacho goza de la complicidad del pastor del pueblo, Eladio, en la formación exigente y tozuda de Talavante: pastorear las cabras de Eladio le sirve al bisoño Alejandro como prueba de disciplina y ejercicio de humildad, mientras que con Corbacho se desliza por las prácticas ascetas, yoga incluido, y apuntaladas por el pensamiento *bushi*: quietud, parsimonia. Reproducimos al pie de la letra, tal como lo recoge Viard, uno de esos ejercicios aplicados al toreo para dominar muñeca y cintura:

Son diez muletazos por cada mano. Pero las limitaciones impuestas por Corbacho lo complican bastante: primero, los talones jamás deben despejarse del suelo, lo que exige al cuerpo un estiramiento permanente; luego, la lentitud es primordial con el fin de controlar en cada instante la posición del cuerpo y el trayecto de la muleta, cuyo peso ya no se compensa por la inercia del movimiento. Por fin, la amplitud máxima, se consigue gracias a la rotación extrema del busto, vertical sobre la cintura, así como, al final de cada movimiento, la apertura de la muñeca, que permite al toro salir del pase. Luego una parada con el brazo tenso, para controlar el equilibrio lentamente, contando hasta diez, antes de reponerse pivotando sobre los talones... Todo esto reduciendo al máximo el espacio concedido al toro durante el muletazo y acompañando la embestida imaginaria en el trayecto más largo posible. Rápidamente, la mecánica produce sus efectos, y el torero entra en trance. Cada pase dura un minuto, cada serie contiene diez pases y cada ejercicio posee diez series por cada mano. En resumen, tres horas de ejercicios realizados cada mañana en silencio bajo la aguda mirada de Corbacho, sentado en su columpio. La posición del cuerpo, el

---

[48] André Viard, «Antonio Corbacho, la grandeza del hombre absurdo», *Tierras Taurinas*. Opus 25. Vieux-Boucau: Terres Taurines. 2014, pp. 72-93, véase, en especial, p. 91.

ritmo del pase, el trayecto de la muleta, la concentración del torero... nada se le escapa<sup>49</sup>.

He ahí, quizá, una veta de *bushido* en el insondable arte de torear.

Aún le sobra a André Viard algo de tinta —y, por qué no decirlo, también cierta socarronería— para dejar en el aire, a merced del que quiera juzgarlo, el dilema de quién fue el mejor. Creemos que estas cavilaciones aquí expuestas quedarían, como herida ponzoñosa, cerradas en falso si el foco se centrara en el plebiscito. Porque no podemos negar que la epifanía, de la nada, de una figura del toreo es una proeza; hacerlo ya con dos es una quimera. Si ahormar a José Tomás fue una hazaña, hacer torero a Alejandro Talavante también se las traía. Lo que no se sostiene es abocar a Corbacho a que deshoje la margarita —la panoplia es fecunda, dilatada en el tiempo: Gómez Escorial, Sergio Sánchez, Víctor Puerto y Sergio Aguilar, Ignacio Garibay y Arturo Macías, Esaú Fernández, Sebastián Ritter...— en la estéril y artificial polémica de quién fue el mejor. Ese fue el estigma de Corbacho, impuesto por los demás, el tabarrón de tener que posicionarse ante un dilema absurdo. Lo mejor de todo fue que Corbacho salió indemne de aquello cuando a la perfección lo explicó en una grabación televisiva, en el extinto programa *Gente del toro*, emitido en el también desaparecido Canal+ Toros<sup>50</sup>. Es una pieza única que nos sirve de soporte para —con más horizonte, si cabe— escrutar a nuestro protagonista. El formato era una tertulia a tres: a los anfitriones del programa, Antonio Chenel *Antoñete* y Manuel Molés, se les unía el propio Corbacho para rememorar la obra, milagros e infiernos de este último. Aquella grabación es pura virguería dialéctica, un delicioso duelo verbal de distancias y terrenos<sup>51</sup>.

---

[49] André Viard, *op. cit.*, pp. 83-84.

[50] Asociación El Toro de Madrid, «Antonio Corbacho. Gente del Toro», vídeo de Facebook, 57:48, publicado el 17 de mayo de 2020. <https://www.facebook.com>

[51] Hay un momento antológico de *Antoñete*, en la grabación antes citada (véase nota nº 50), cuando explica los terrenos: «Por norma ha habido una época

Ahí y entonces el propio Antonio Corbacho esboza un inventario de lo que es su filosofía de la vida —acaso también su idea de la muerte—. Remite a esa lectura iniciática del libro de Vallejo-Nágera en la que descubrió a Mishima y halla una génesis probable de la simetría entre *bushido* y tauromaquia cifrada en un concepto: el hombre vertical. He aquí una clase magistral: a raíz de haber escuchado siempre a los toreros viejos que se referían al concepto de la verticalidad, Corbacho nos recuerda que el hombre es un animal que ha bajado del árbol hace muy poco tiempo, que ha ido progresando en su manera de moverse, y que esa progresión en la forma de andar ha sido vertical, y de ahí que el resultado es que el torero sea también vertical. A esto se le adhieren otros axiomas del *bushido*, como el concepto del honor —sobre todo en la integridad, en la forma de ser, en la forma de estar, por ejemplo, el no darle importancia al dinero<sup>52</sup> aunque la tenga, porque el valor de la palabra dada vale cada vez menos— porque «en este mundo de mentira si hay algo que es verdad es un torero. Claro que eso es el valor, porque otra cosa sería suicida, el concepto samurái suicida, a mí ese no me vale, porque a mí lo que me vale es alguien que sepa lo que se juega, que sabe a qué va allí»<sup>53</sup>.

La inquietud intelectual de Corbacho le hace aterrizar en otras lecturas, es así como introduce una variable más en la ecuación: la *andreia*.

---

en que todos los toros eran en los medios, otra época donde los toros eran cerrados. Eso no es. Para mí siempre ha estado el secreto en la segunda raya, más allá del tercio».

[52] Según Inazo Nitobe «el samurái desdén el dinero por el dinero, el arte de obtenerlo, de acumularlo. Para él es verdaderamente una ganancia sucia. La fórmula despectiva usada para describir la decadencia de una edad es que «los hombres civiles amaban el dinero y los soldados temían la muerte. La avaricia de oro o de vida excita tanta desaprobación como alabanza el uso liberal de ambas cosas. De aquí que se educara a los niños en un absoluto olvido de la economía. Se consideraba de mal gusto hablar de ella, y la ignorancia del valor de las distintas monedas se juzgaba como un rasgo de buena crianza» (*Bushido. El alma del Japón*, p. 114).

[53] Asociación El Toro de Madrid, *op. cit.*, 8:58.

Literalmente «hombría», *andreia* es un concepto que los clásicos griegos atribuían tanto a hombres como a mujeres, nada que ver con actuales prejuicios machistas. Hace falta un sabio para explicarlo con suficiencia y concisión, y este es Aristóteles: «En primer lugar debe atribuirse la *andreia* al que no es presa del miedo ante la hipótesis de una muerte digna». Y Antonio Corbacho se lo trae a su terreno: «La hombría la puede tener perfectamente una mujer como un hombre, la *andreia*. Y es un concepto de hombría, cuando alguien da su palabra es un concepto de hombría». Para el apoderado el epítome de *andreia* es José Tomás: «Teníamos una guerra psicológica constante. Él fue el más fiel a su filosofía, hasta convertirse en un auténtico genio, la representación más auténtica de la *andreia* griega, la hombría sin género, la sublimación de lo humano»<sup>54</sup>.

De aquella emisión televisiva aún le quedaba a nuestro protagonista un truco más en el fondo de su chistera, un prestigio final que en esta expedición narrativa hace las veces de epílogo. Quede aquí la lúcida y oportuna argumentación de Antonio Corbacho para dictar sentencia a tanta dicotomía: «En el concepto y la asunción de la *andreia*, el representante por excelencia en el concepto y en la filosofía y en la lealtad a todo eso, es José Tomás. El concepto de integridad, de *andreia*, lo tiene más José Tomás, porque así lo siente... Y Alejandro tiene lo mismo, pero también tiene una parte poética que le hace atreverse a hacer cosas que el otro no se toleraría nunca, nunca se permitiría hacerlas. Y Alejandro sí. José Tomás es más filosófico y Talavante más poético. ¿Por ejemplo? El ser más juguetero con su forma de torear». Y aquí subyace una evidencia, y es que no todos los alumnos asimilan por igual la lección; no es lo que te enseñan, pues eso depende de otro, si no lo que aprendes, y eso sí le incumbe a uno mismo.

---

[54] *Ibidem*, a partir del minuto 17.

## CONCLUSIONES

Se podría decir que todo está inventando, así lo enunciaba Eugenio d'Ors en un celebrado aforismo: «Sólo hay originalidad verdadera cuando se está dentro de una tradición. Todo lo que no es tradición es plagio»<sup>55</sup>. Algo de cierto reside en ello, como si de las nuevas ocurrencias se omitiera su patente, el darle carta de naturaleza a una hipótesis, a una doctrina. Aquí dejamos, para quien la quiera, una duda razonable, quedan también suspendidas ciertas cuestiones sin responder, aunque es más que probable que todas tengan su propia refutación. Entre lo que aquí se ha escrito, otro poco que se ha insinuado y la cuestión de si es verosímil aquello que no pudimos cotejar, proponemos una conclusión final<sup>56</sup>: la diferencia, sutil pero decisiva, entre la ética de la tauromaquia y la del *bushido* es la asunción y lectura de la muerte. Un torero mata por su propia vida, un samurái muere por la de otro. Y aunque parezcan dos direcciones de un mismo camino, matar nunca puede ser lo mismo que morir. Hay una misericordia subliminal en todo lo que ejecuta el samurái: honra y honor para su señor, la vida como ofrenda. Y todo en la intimidad, reservado para ellos dos. Por el contrario, un torero, al cabo, sublima el rito para su propia supervivencia: su arte, acorde a una audiencia y al signo de un tiempo, ha de ser exhibido en público, por lo que estaría en las antípodas de lo que busca el guerrero *bushi*. Toda la vanidad de la que el toreo se jacta y alardea el *bushido* la oculta y mitiga.

Todo lo hallado, el cúmulo de información que orbita alrededor de Corbacho, todo aterrizaba invariablemente en Japón, en cómo nuestro apoderado se inoculó de aquello. Pero ¿y qué queda de Corbacho en el imaginario nipón, aunque sea como exotismo occidental? ¿Quizá un

---

[55] Eugenio d'Ors, *Gnómica*. Madrid: Colección Euro, p.9. 1941.

[56] Conclusión final, por supuesto, conjurada en una barra de uno de esos bares que ya no existen.

párrafo de su empeño, un esbozo de su herencia? Como hallazgo inopinado, como esa aguja inédita que hallas en un pajar sin pretenderlo, así tropezamos con una última ilusión, un prestigio final. Existe un manga, un cómic de origen japonés, titulado *Golondrina*<sup>57</sup> en el cual hay una protagonista, una joven chica sevillana, que es abandonada fatalmente por su pareja; el dolor por la ruptura es tan devastador que decide arrancarse la vida. ¿Cómo? Ha decidido suicidarse, lo tiene claro: saldrá de casa, irá directa a la calle y se arrojará encima del primer vehículo que circule por el asfalto. Afortunadamente, el conductor frena y evita el atropello. El hombre sale del vehículo, auxilia a la mujer, la acoge en su casa, y tras la atención le suelta el reproche: «Si quieres suicidarte, dedícate a los toros». Ese hombre, en la vida real —el molde corpóreo para encarnar el personaje— es Antonio Corbacho.

Lo mejor de esta obra es un pasaje del capítulo 5 del primer volumen, «Como agua que fluye». Esta escena no puede ser más que otro señuelo, un fino e invisible hilo que imbrica la leyenda de Corbacho con su legado más reconocible: Chica, la joven sevillana, le pide al hombre que la enseñe a torear. Se va a vivir con él a su finca, llena de animales casi mitológicos —¿les suena? ovejas escapistas, hermosas gallinas, gansos con mala leche, un burro grande, otro chico, dos potrancas alazanas, un erizo blanco que duerme debajo de una teja, un loro que habla por teléfono...— y allí el Antonio de ficción le inculca a Chica la instrucción marcial que la hará torero. Una de las tareas es limpiar la piscina, convertida en un sumidero de fango, hojas secas y lodo. La joven sevillana no entiende qué puede tener de torero el sacar

---

[57] Escrita e ilustrada por Est Em —nombre artístico de Maki Sato— *Golondrina* fue serializada en la revista de manga *Monthly Ikki* de la editorial Shogakukan desde el 25 de junio de 2011 hasta el 25 de septiembre de 2014, cuando la revista cesó su publicación y se anunció que la serie continuaría publicándose a través de volúmenes recopilados. Shogakukan lanzó el primer volumen el 29 de febrero de 2012. Primero se anunció que la serie terminaría con seis volúmenes, sin embargo, el quinto y último volumen fue lanzado el 26 de diciembre de 2014.

brillo a piscinas embarradas. Aun así, terca pero sumisa, cumple las indicaciones de Antonio. Le pide más, que llene de nuevo la piscina, que se ponga un bikini y que se meta en el agua. Una vez dentro Antonio le ofrece una bandeja de plástico, la ordena que la coja con la mano derecha. «Hazme caso: aférrate a la bandeja y empúñala igual que una muleta. Intenta algunos movimientos bajo el agua. No luches contra ella. Manéjala con gentileza»<sup>58</sup>.

Como el cauce de un río, con dos márgenes simétricos que corren paralelos, sin tocarse: así son tauromaquia y *bushido*. Y Antonio Corbacho fluyendo en medio, como una corriente.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alcázar, Federico M. *Tauromaquia moderna. Primer tomo (del toreo)*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1936.
- Apaolaza, Chapu. «El samurái del toreo». *La Voz Digital*, 22 de mayo de 2011. <https://www.lavozdigital.es/cadiz/20110522/sociedad/samurai-toreo-20110522.html>.
- Apaolaza, Chapu. «Corbacho en la piscina». *La Voz Digital*, 23 de marzo de 2017. <https://www.lavozdigital.es/>
- Asociación El Toro de Madrid, «Antonio Corbacho. Gente del Toro». Vídeo de Facebook, 57:48. Publicado el 17 de mayo de 2020. <https://www.facebook.com/>
- Bergamín, José. *La claridad del toreo*. Madrid: Turner, 1985.
- Corrochano, Gregorio. *¿Qué es torear? Introducción a las tauromaquias de Joselito y Domingo Ortega*. Madrid: Revista de Occidente, 1966.
- D'Ors, Eugenio. *Gnómica*. Madrid: Colección Euro, 1941.
- Jalón, César. *Memorias de «Clarito»*. Madrid: Guadarrama, 1972.

---

[58] Maki Sato. *Golondrina*, volumen 1, capítulo 5. Tokio: Shogakukan, 2012.

- Machuca, Félix. «Antonio Corbacho: elogio de la locura». *ABC de Sevilla*, 10 de septiembre de 2012. <https://www.abc.es/>
- Nitobe, Inazo. *Bushido. El alma del Japón*. Inazo Nitobe. Gijón: Satori, 2021.
- Oshima, Hitoshi, (Ed.). *La vía del samurái; Libro de los cinco anillos de Miyamoto Musashi y Hagakure de Yamamoto Tsunetomo*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2007.
- Pizarroso Quintero, Alejandro. *La liturgia taurina*. Madrid: Espasa-Calpe, 2000.
- Sato, Maki. *Golondrina*. Tokio: Shogakukan, 2012.
- Sureda, Guillermo. *Tauromagia*. Madrid: Espasa-Calpe, 1978.
- Sureda, Guillermo. *Tauromagia*. Madrid: Ediciones Los de José y Juan, 2022.
- Tur, José Miguel. «*Bushido*, código ético de samuráis y toreros». *Boletín de Loterías y Toros*, nº. 27 (2022): p. 64-74. <https://www.boletindeloteriasytoros.com/ediciones/no-27-especial-de-100-anos-de-sangre-y-arena-de-fred-niblo>.
- Viard, André. «Antonio Corbacho, la grandeza del hombre absurdo». *Tierras Taurinas*, opus nº 25. Vieux-Boucau; Terres Taurines, 2014.